
La falsa conciencia de *Don Segundo Sombra*

Este trabajo intenta detectar la ideología de los personajes en *Don Segundo Sombra*. Se puede conformar un diagnóstico tanto del compromiso social como de su elusión con lo que los sujetos hacen o dicen. Ahora bien, las acciones y las expresiones presentan un aspecto de elección conciente y voluntaria, y otro, más rico (consecuentemente más productivo para la crítica literaria) y profundo, que revela el estrato social, y que se muestra a través de estereotipos, arquetipos y aun mitos colectivos.

Cuando se plantea la universalidad de ciertos valores, se oculta con este término, una evaluación que tiene en cuenta el grado de generalización, la persistencia histórica, y la clase social al servicio de la cual han estado y siguen estando esos valores. Si se trata de esquemas que sirven a los fines de la estabilidad del sistema, los grupos dominantes se encargarán de conformarlos como axiomas que aparentan transmitir una verdad dada intuitivamente como absoluta y obvia. Son precisamente, en el ámbito de la literatura, los textos que respetan las propuestas anteriores, aquellos que, en la medida de la perdurabilidad del sistema, con calificados como de «literatura universal».

En el presente caso, la tarea es doble, por una parte determinar si efectivamente *Don Segundo Sombra*, está inscrito en una pretendida tradición universalizadora, por otra parte, de verificarse este hecho, tratar de explicar qué función cumplen estos elementos en la ideología de los personajes y de qué ideología se trata.

Se aclara que la expresión «falsa conciencia» utilizada en el título, responde, como síntesis, a las conclusiones a las que se llegan, pero no se la usa en el sentido de que la única ideología es la de la «falsa conciencia». Por el contrario, se trata de diferenciar la ideología positiva, que desde el punto de vista superestructural implica un auténtico compromiso y solidaridad social, de aquella ideología negativa, que desde el mismo punto de vista, ya sea concientemente o por ignorancia, indiferencia o pereza elude revisar las inadecuaciones y desequilibrios existentes en la sociedad y que sólo benefician a los menos. Para efectuar el análisis de una realidad plasmada literariamente, (que no tiene por qué mantener una correlación estricta con la realidad objetiva) se parte de la idea de que toda propuesta explícita es modelizable, y que el modelo que se obtiene a partir del texto, puede ser comparado con el que posee el crítico literario independientemente de la tarea textual. De la confrontación entre ambos surge el grado de adecuación y el sentido social que, para el analista, ofrece el discurso literario.

Desde un punto de vista simbólico, ¿qué se observa en *Don Segundo Sombra*?:

¹ GÚIRALDES, RICARDO; *Don Segundo Sombra*; Edit. Espasa Calpe, Madrid, 1979. Todas las citas del texto corresponden a la presente edición.

personajes arquetípicos que se desenvuelven en un medio mítico. Héroes en una instancia épica. Saber popular, saber secreto. Y los cuatro elementos incidiendo conjunta o alternativamente, en un proceso panteísta.

Al parecer, los rasgos de la vida social no se agotan en el plano superficial. La existencia humana manifiesta una vocación, un anhelo de mitos y arquetipos. Además los cuatro elementos son, como dice Bachelard, «... los cuatro principios de las cosmogonías intuitivas...»², y en tanto primordiales, comprenden y desarrollan la vida toda.

El héroe del relato (Fabio), realiza las hazañas que cumplieron sus antepasados. Las imágenes, disímiles, resaltan el ser creativo de los mismos conceptos, en el desarrollo de los varios trabajos. Cuando una imagen poética es innovadora, actualiza «aquel» acto lingüístico, con lo que mito y logos se consubstancian. De otro modo: la imagen poética, inserta en el inconciente del personaje, estructurado operativamente en la semánticidad de la expresión, remite al «illo tempore».

No se intenta negar la historicidad de *Don Segundo*, en el sentido de su pertenencia a una época y un espacio claramente delimitados. Se trata de rescatar lo que pretende ser plasmado como universal al pensamiento humano, lo que permanece a través de los cambios y sin embargo no se manifiesta estático, sino en una adaptabilidad dinámicamente funcional. No se confunde el mito gaucho con el mito griego, por ejemplo. Se procura verlo en su proyección histórica, y mostrar de qué modo, es la resultante de variables que ejercen su influjo sobre la estructuración de posibilidades existenciales, que se identifican a través del tiempo. Por eso las imágenes remiten, pero no repiten.

Desde el punto de vista psicológico, toda estructura corresponde al comportamiento, es decir, es observable a través de la función, entonces, es posible ofrecer un aporte a la crítica literaria si analíticamente se toma el inconsciente como objeto de estudio, visto a partir de las distintas conductas; de este modo se lo encuentra organizado como un lenguaje en el lenguaje, en el que la forma es asumida a partir de la semánticidad, a partir del referirse, del indicar algo. No interesa la biografía individual, en el sentido de conjunto de elementos aislados que permanecen en lo cotidiano, importa ver de qué manera lo aparentemente insignificante de determinados actos superficiales, adquiere trascendencia porque es manifestación de una subjetividad que resulta supraindividual.

A lo largo del texto, se evidencia la dialéctica contradicción de avances y retrocesos, de ascensos y caídas, siempre con la ambientación de los cuatro elementos, que connotan el tipo de etapa. Por eso el estudio se realiza con una técnica lineal. No es necesario buscar el retroceso temporal. El mismo Fabio lo detalla en sus relatos y comparaciones de estadios evolutivos. Por ser biográfico, es un texto didáctico en lo que respecta a problemas de iniciación. La función simbólica de los cuatro elementos estaría dada en términos de partícipes esenciales, conformadores del proceso dinámico de instrucción que sigue el personaje tomado como héroe. La hipótesis de trabajo, se verifica desde la perspectiva del mito.

Fabio desarrolla los tramos importantes como en sueños; vive un mundo marginal,

² BACHELARD, G.; *La poética del Espacio*; Edit. F.C.E., México, 1965, pág. 9.

arquetípico, no necesariamente paralelo a su realidad objetiva, en el que, del caos mental inicial, intenta, mediante severas pruebas, acceder a la armonía. Al estilo de los primitivos, Fabio cumple con los requisitos para volverse iniciado. Siente el llamado de Don Segundo, y Don Segundo lo elige. Recibe una doble instrucción, pues tiene visiones y sueños, que Don Segundo incentiva y complementa con su propia tarea, de la que Fabio extrae la técnica; con sus cuentos y consejos, que esclarecen.

Con Don Segundo, se marca la idea de camino-vida como aprendizaje. Episodios fundamentales para reconocer el proceso de iniciación son: 1) *Abandono de la niñez*. 2) *Descuartizamiento de la bestia*. 3) *Doma del petizo*. 4) *Parábolas de Don Segundo*. 5) *Castración del padre-ogro*. 6) *Descenso a los infiernos*. 7) *Sacrificio del toro-malo*. 8) *Identificación del héroe*.

1) *Abandono de la niñez*: La primera característica del héroe es la soledad. Por el camino de los recuerdos, llega a reconocer que se acrecienta cada día; «... y la gente se había cansado algo de divertirse conmigo y yo no me afanaba tanto en entretenerla». (pág. 50) El medio ambiente provoca una segregación objetiva, como consecuencia de la subjetiva.

La soledad es requisito indispensable para que el héroe inicie su búsqueda; por un deseo de desarraigo, primero explora el elemento líquido; lo sólido ya no lo satisface. Comienza a indagar la esencia de las cosas, aunque sabe que debe dejar mucho a sus espaldas y caminar hacia lo desconocido.

Es muy sugestiva la respuesta a Don Pedro, cuando este le pregunta dónde ha visto a Don Segundo: «—Lo topé en una encrucijada, volviendo el río». (pág. 54) Una encrucijada, es el cruce de dos caminos, de dos vidas, que pueden elegir unirse o continuar cada una su destino. (En una encrucijada, Edipo mata a Layo, su padre). Pero Fabio-tierra, Fabio-agua, en suma Fabio-barro, no puede resistir la atracción que emana del otro ser, no puede permanecer ajeno ante la figura que se aleja «... contra el horizonte luminoso...» (pág. 53); el héroe debe probar el camino hacia la luz que guía a Don Segundo. En esta expresión se encierra la causa determinante de su cambio de vida.

No deja pasar la ocasión sin señalar: «Con mi visión dentro...» (pág. 56) Experiencia propia, extremadamente íntima, correlación con la visualización frente al río y el deseo de provocar una respuesta mágica; ha logrado encontrar y encontrarse con Sombra. A partir de ahora tendrá que darse cuenta.

Hay un deseo manifiesto de identificación. Fabio admira y se deja arrastrar por la figura masculina que procede de lo indefinido, de la libertad, y es portadora de los grandes misterios. Desea ser aceptado por Don Segundo, como un discípulo desea ser aceptado por su maestro. Por eso: «Al lado de Don Segundo que mantenía su redomón al tranco iba yo caminando a grandes pasos». (pág. 60).

Se siente libre y adulto, pero es bueno no querer volar, antes de criar alas, y él es «... muy cachorro para mirar como los perros grandes». (pág. 66) Fabio aprende que, lejos de la infancia tendrá que pasar por muchas pruebas, antes de ser admitido por los mayores como tal.

Cuando le pregunta a Don Segundo si podrá ir con el arreo, éste le mira los tobillos buscando la manea; nuevo símbolo que acerca a Fabio con Edipo. Sombra-Edipo, busca a Edipo-Fabio. A pesar de la parquedad del maestro, obtiene una nueva reafirma-

ción de la dimensión de su libertad; el «padre» se cita a sí mismo como ejemplo: «— Cuando tenía tu edad, le hacía el gusto al cuerpo sin pedir licencia a naides». (pág. 76)

En síntesis: el héroe ha optado; sabe que deberá enfrentarse con pruebas de carácter iniciatorio, para las que no cuenta con ningún tipo de preparación como no sea su voluntad de llegar a la meta.

2) *Doma del petizo*: hay urgencia por ascender: «Si es apuradazo —replicó Pedro Barrales—» ... «...Hoy ya subió un potrillo» (pág. 94). El chico progresa, pero no perceptiblemente, si se lo compara con los compañeros de arreo; además de las alabanzas de Pedro Barrales aparece otro indicio: la admiración de un muchachito menor: «Un chico como de doce años se había sentado cerca mío y miraba mis espuelas, mis manos lastimadas por la jineteada, mi rostro cubierto por la tierra del arreo, con la misma admiración con que días antes observé yo a Valerio o a Don Segundo. Su ingenua prueba de curiosidad era mi boleto de resero». (pág. 95)

La primera enseñanza de Don Segundo fue el silencio. Ahora, debido a la identificación que existe entre ellos, se hace cargo de la ignorancia y debilidad de Fabio. Le explica acerca de la dignidad, para que no «...andés sirviendo de diversión a la gente. Aquí naides nos va a ver y vah'hacer lo que te mande». (págs. 100-101) Reafirma su autoridad. La ayuda que le brinda al héroe tiene como marco la soledad; nadie debe saber que Fabio recibe un tipo de enseñanza especial. Por ser en soledad es en libertad. El mando no tiene valor de coacción sino de guía del deber.

El muchacho admira el dominio de su padrino sobre el petizo, principio dinámico, compuesto de aire violento y fuego: «Asombrado miraba yo el dominio de aquel hombre, que trataba a mi petizo como a un cordero guacho». (pág. 101). La misma ascendencia que ejerce sobre Fabio, quien se reconoce «guacho».

Domar un potro es un trabajo tan duro como domarse; cuando Fabio desmonta tiene las manos sangrantes. No importan los dolores y heridas del discípulo. La fijación del conocimiento es por el dolor, porque únicamente el fuerte sobrevive.

3) *Descuartización de la bestia*: Fabio cree tener boleto de resero, pero la ilusión proporcionada por la admiración del chico dura poco. En la carneada, se dará cuenta que todavía no concluyó su aprendizaje. Una de las hazañas propias del héroe es el descuartizamiento de la bestia (que simboliza al padre-ogro) y su ofrenda al dios (que simboliza al padre-bueno). Otra posibilidad es la de matar al chivo emisario, que paga las culpas de todos, es decir, al cordero, para que el lobo sea perdonado y convertido. Para un rito o para el otro, es necesario conocer el manejo de la espada o cuchillo ritual, símbolo de la virtud, que va a servir para este fin. Goyo, baqueano en este menester, es el encargado de enseñar a Fabio; oficia como sacerdote del ritual sacrificial. Pero el verdadero acto de Fabio no se consumará sino cuando mate al toro malo.

4) *Parábolas de Don Segundo*: «El fuego encerrado en el hogar fue sin duda para el hombre el primer tema de ensoñación, el símbolo del reposo, la invitación al descanso. No se concibe apenas una filosofía del reposo sin la ensoñación ante los leños que llamean. Según nosotros renunciar a la ensoñación ante el fuego es renunciar al uso verdaderamente humano y primero del fuego. Sin duda el fuego calienta y reconforta. Pero no se toma suficiente conciencia de ese reconfortar más que en una larga contem-

plación; no se concibe el bienestar del fuego si no se colocan los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos». ³

El fuego es un elemento socializador. Al lado del fuego el hombre se hermana con sus semejantes, y si es un conocedor de la vida, puede acceder a transmitir su ensoñación, porque tiene que mostrarla en imágenes comprensibles. En las reuniones, Don Segundo aparece a los ojos de Fabio como un ser distinto al conocido, que refiere cosas de otros planos. Es el hierofante, que lleva al otro mundo, o que trae las ánimas a este. No cuenta cuentos simplemente; al igual que los ancianos de los pueblos primitivos, relata los mitos de sus héroes, sus hazañas, y por último, marca el camino a seguir: «Una virtud de mi protector me fue revelada en las tranquilas pláticas de fogón. Don Segundo era un admirable contador de cuentos, y su fama de narrador daba nuevos prestigios a su ya admirada figura. Sus relatos introdujeron un cambio radical en mi vida. Seguía siendo yo de día un paisanito corajudo y levantisco, sin temores ante los riesgos del trabajo; pero la noche se poblaba ya para mí de figuras extrañas y una luz mala, una sombra o un grito me traían a la imaginación escenas de embrujados por magias negras o magias blancas». (págs. 108-109)

Saber transmitido oralmente, pero prohibido para la mayoría; saber que sólo entiende quien ha superado ciertos grados de perfección; que opera en él un «cambio radical», ya que fomenta la «visión» interna; saber que funciona cuando no hay luz, porque el día es el encargado de nublar la posible proyección de las imágenes del inconciente, mediante la imposición del mundo exterior al sujeto.

5) *Castración del padre-ogro*: Rueda de amigos en comunión, rueda de mate, «...cenizas de pensamientos internos...» (pág. 120). Fuego consumido, cenizas, brasas, preanuncio de un horizonte futuro. La imagen de la inacción llega en la comparación con el pollo acoquinado cuando hay tormenta. El agua impide el vuelo, por eso se necesitan las relaciones de Don Segundo, que son transformadoras, que implican cambio de mentalidad. No sabe cuentos, sabe casos «...que han sucedido». (pág. 121) Relata el episodio del «paisano enamorado y de las diferencias que tuvo con un hijo «el diablo». (pág. 121) Dolores, el paisanito, es modelo para Fabio, por eso impide la interrupción de Pedro. El héroe del cuento mata al demonio que tiene prisionera a la muchacha. El diablo representa al padre malo, que al atrapar a la joven, intenta eliminar la continuidad de la vida simbolizada en ella. Dolores, al liberarla, conquista el misterio vital y el derecho a la progenitura. Castra al hijo del demonio, que es lo mismo que castrar al padre con lo que impide que procree seres de su misma especie, seres que lo secunden. De este modo Dolores obtiene como premio «el» Consuelo (la joven).

6) *Descenso a los Infiernos*: La maldición que pesa sobre la tierra «baya y flaca» se hace manifiesta en el hijo embrujado de Don Sixto. Fabio desciende a este lugar, porque de ahí brotarán nuevas enseñanzas «...siempre se apea uno con gusto de los apretados cojinillos para ensayar pasos desacostumbrados». (pág. 146) Alusión al vientre de la madre y al deseo del hijo por nacer, representada en los cojinillos. Llama la atención el palenque, último vestigio de la ballena que llegó al lugar hace más de cincuenta años

³ BACHELARD. G.; *Psicoanálisis del Fuego*: Edit. Alianza, Madrid, 1966, pág. 29.

y murió, pero fue inútil, porque no llevaba en su interior al héroe que redimiera la naturaleza. Este representante del mito vacío de Jonás lastima aún más la pobreza del lugar, ya que cuando llega el recipiente de gracia, llega vacío. El vientre de la ballena y la tierra hubieran podido ser una misma cosa, templo purificado. Pero existe el acto fallido. Por eso la casa de Don Sixto es morada infernal, y la personificación de los guardianes no representa a las potencias del bien, sino que, los cangrejos y el toro-malo son figuraciones de los monstruos del mal. Como Fabio cuenta con adyuvantes y posee cierto grado de iniciación será capaz de afrontar la prueba.

La tierra está abichada, con enfermedad contagiosa. Los cangrejos son del barro, peor aún, del lodo, y no saben caminar de frente. «El barro negro que rodeaba el agua, parecía como picado de viruela. Miles de agujeritos se apretaban en manada unos contra otros. Unos pocos cangrejos paseaban de perfil, como huyendo de un peligro. Me pareció que el suelo debía de sufrir como animal embichado» (pág. 147).

Este ha sido el primer contacto con los guardianes infernales; pero hay un regreso al «...mundo, tirado en el propio dolor de su cuero herido» (pág. 170). Esta vez no va solo, tampoco lo acompaña Don Segundo; el viaje está patrocinado por Patrocinio Salvatierra, quien lo guía de forma que el cangrejal los rodea. Quien desciende no puede llevar guía más propiciatoria que el encargado de salvar la tierra, que por otra parte, es quien se queda con Comadreja, el animal que por astucia o nocturno miedo a la oscuridad infernal, evita el descenso en la primera oportunidad.

7) *Sacrificio del toro-malo*: El fuego maligno está representado por el toro, el fuego del instinto. Fabio vence a la muerte, matando, llenándose las manos de sangre como los cangrejos y teniendo un «cangrejal» propio en el hombro. A diferencia de los cangrejos, él mata lo inferior, para permitir la vida de lo mejor. Mata lo malo: «¡Sos malo!» (pág. 174); termina el sacrificio como un ofrecimiento, la rodilla en tierra; una purificación, pues «... el chorro caliente me bañó el brazo y las verijas» (pág. 174) pero es purificación del iniciado y de la víctima, ya que «... me caí sobre él...» (pág. 174) En este acto están presentes, propiciándolo, la tierra y el aire mediante «un gran silencio de campo y cielo...» (pág. 174).

8) *Identificación del héroe*: Recuerdos. Los recuerdos se atraen, se comunican y se proyectan hacia el futuro. Magia que se materializa en un hombre. El inconciente anticipa dolor. Don Segundo Sombra sabe que su discípulo está preparado para la noticia y la da sin rodeos: «ahí tenés un papel que te va a endilgar en lo cierto mejor que muchas palabras. Gracias h'a Dios no sos mujer ni te has criado a lo niño pa andar espantándote por demás». (pág. 238)

Este es el momento que se repitió en simulacro preparatorio tantas veces: el nacimiento y el reencuentro con el padre. Nacer y encontrar al padre muerto, a un padre autoeliminado que no ofrece rivalidad, produce soledad: «Un extraño sentimiento de soledad me apretaba el alma, como si hubiera querido limitarla a algo chico, demasiado chico». (pág. 238) Termina su camino, su vuelo, su navegación, por eso se baja del caballo, para seguir leyendo. «Idealmente el investido ha sido despojado de su humanidad y representa una fuerza cósmica impersonal. Es que ha nacido dos veces: ahora se

ha convertido en el padre. Y ahora tiene el poder, en consecuencia, de jugar él mismo el papel de iniciador...»⁴.

En lo que se refiere a la función de los cuatro elementos como partícipes de los pasos anteriores, si bien se da el régimen tierra-agua-aire-fuego, las etapas sucesivas no implican pérdida, sino integración. De tal modo, es posible nuclear los siguientes campos asociativos: La tierra es figurada en puente-seno materno; árbol, signo fálico; peludo, profundidad nocturna; banco-cuna, humano cambio del vegetal. El agua es representada como arroyo, laguna, remanso, lluvia; se muestra mezclada con la tierra en el barro; unida con el fuego en el alcohol. Tiene aspectos benéficos y maléficos. Ora colabora con el iniciado, apoyándolo en su iniciativa de superación, o se vuelve en su contra e incita al oponente, que puede ser en un caso la tierra-madre, en otro el aire, a su vez aliado con el fuego en la tormenta. El agua es calle, y se va con las ruedas; es mar, y esteriliza la tierra.

Para ser del aire, Fabio tiene que ver el campanario como ideal caduco. El chambergó, la flecha, el tábano, son aire y corrobóran el vuelo. Don Segundo es aire de fuego. Para pertenecer al aire, Fabio necesita poseer y luego superar la espuela-ala, que es dominar al caballo-aire-fuego. Necesita reivindicar al gallo-igneo, alado, pero frustrado en su vocación, carente de la imaginación que otorga el ensueño.

El fuego está encerrado en la caja de fósforos, encarnado en el pañuelo de Aurora, en el cigarrillo, fuego de aire que respira el iniciado. Fuego es el de las estrellas-chispas que, nocturnas compiten con el sol; el fuego es en la ginebra y en el cobre de las caras. Fuego en la sangre, la ensoñación y el cuento. Para superarse, Fabio tiene que quemarse con el agua y lavarse con el fuego. Para cumplir su destino, tiene que encontrar la senda rectilínea que lo aleje de los cangrejos infernales, incapaces de profesión de brújula. Para cumplir su destino, como culminación, deberá recibir un nombre: de guacho, de anónimo, pasa a ser gaucho, que es ser héroe, y por fin, Fabio Cáceres hijo, que es ser amo, dueño, sobre todo y fundamentalmente de sí.

Sólo cuando deben separarse adyuvante y sujeto, aparece una clara noción de tiempo medido: las cinco en el reloj; los cuatro elementos fundidos en la noción de espacio reciben el complemento de una nueva dimensión: el tiempo. Ha concluido un ciclo de ciclos: el héroe se reincorpora a la vida cotidiana.

Por lo anterior se concluye que, en el plan de la obra, se plantea para Fabio una serie de trabajos de iniciación, en los que Don Segundo oficia de sacerdote-guía. Ahora bien, hasta aquí, el proceso se analiza desde una perspectiva a la vez que personal, conjugada en lo genérico humano. En forma complementaria corresponde ver esa trayectoria inscripta en el marco del rol social que juega, según el status heredado del padre.

Una lectura no simbólica del texto muestra a Fabio en el tránsito de la adolescencia a la juventud; recorre los campos bonaerenses, en un aprendizaje acabado, completo, minucioso, de «resero». Aprende las tareas que lo hacen competente para un sistema ganadero fundamentado en las pasturas naturales (requisito: el latifundio) y no la cría a corral. Por eso las grandes extensiones. Por eso se habla de «estancias». La estancia es

⁴ CAMPBELL, JOSEPH: *El Héroe de las Mil Caras*; Edit. F.C.E., México, 1959, pág. 128.

el establecimiento típico en el que la riqueza es de uno y la desposesión y el trabajo de muchos.

La modalidad educativa aplicada con Fabio no fue inusual en esos territorios. Lo atestiguan textos como *El paisano Aguilar* de Enrique Amotin en Uruguay, o *Gran Señor y Rajadiablos* de Eduardo Barrios en Chile. El fundamento debe buscarse en la concepción de que sólo entendiendo vivencialmente la indiosincracia del paisano, manejando acabadamente la técnica del trabajo, se está en condiciones de imponer la autoridad sobre el campesino; ese respeto se logra porque por encima de ser «dueño» se es «gaucho».

Don Segundo es el mejor maestro posible, pero él y Fabio no pertenecen a la misma clase social. Don Segundo es tan cabal en su tarea que sustenta la misma ideología de los dominantes, para seguir dominando. Existe un destino ciego, una especie de suerte que dispone el mundo por siempre jamás. No se puede cambiar el orden dado. Y este tipo de concepción se encuentra reproducido en Fabio; la lucha es para adaptarse mejor al orden, no para cambiarlo: «¡Suerte! ¡Suerte! ¡No hay más que mirarte en la cara y aceptarte linga o fea, como se te dé la gana venir!» (pág. 229).

Para su «bien» el resero tiene la vida demasiado cerca como para perderse en cavilaciones de índole acobardadora. La necesidad de luchar continuamente no le da tiempo para atardarse en derrotas; o sigue, o afloja del todo; dejarse ablandar por una pasajera amargura, lo expone a tomar el gran trago de todo cimarrón que se acoquina: la muerte. Una medida grande de fe le es necesaria en cada momento, y tiene que sacarla de adentro, cueste lo que cueste, porque la pampa es un callejón sin salida para el flojo. La ley del fuerte es quedarse con la suya o irse definitivamente (pág. 229).

Fabio es el hijo del patrón; el proceso por el que acepta su condición es sintomático y se puede resumir en los pasos siguientes:

1.º) *Rebeldía y rechazo*: «... Yo no soy hijo de nadie y de nadie tengo que recibir consejos, ni plata, ni un nombre tan siquiera» (pág. 239).

2.º) *Agravio al padre*: «... que andaba de güen mozo por los puestos, sin mucha vergüenza?» (pág. 239) La réplica aleccionadora de Don Segundo aclara «...Tu padre ni andaba de florcita con las mozas, ni faltaba de vergüenza. Tu padre era un hombre rico como todos los ricos y no había más mal en él» (pág. 239). Fabio cavila sobre este incipiente asomo de crítica. Pero en Don Segundo no existe el ánimo de provocar rechazo cuando revela la condición de «rico»; Fabio se pregunta: «qué mal era ese?» (pág. 239); el posible cuestionamiento se pierde porque el orden implica que se recibe esa condición.

3.º) *Análisis anticipado de las actitudes que asumirá cuando se oficialice su «herencia»*: «... Me veía frente a Don Leandro, rehusando con altanería mi herencia... Si en vida del finao —decía yo— no ha sabido reconocermé como hijo, yo áura lo desconozco como padre». Me encontraba en mis posesiones como un hombre de ley, dictándole mis propósitos de hacer picadillo de aquellas tierras, para repartirlas entre el pobreño. Me imaginaba disparando de mi nueva situación, como Martín Fierro ante la partida... ¿Qué diablos iba a sacar en limpio de todo ese bochinche?» (pág. 241).

De los tres elementos componentes de la fabulación de Fabio: a) desconcomiento del padre; b) evasión a lo Martín Fierro; c) reparto de tierras, no concreta ninguno. Pero resulta esclarecedora la connotación que adquiere el término «picadillo» en el con-

texto en que funciona. Un picadillo es precisamente el resultado de cortes desintegradores, ya que inutiliza las partes. Dividir las tierras y entregarlas a los pobres es hacerlas «picadillo».

4.º) *Primer signo explícito de aceptación del cambio*: «¡Qué raídas por el trabajo, las lluvias y el sol estaban mi blusita y mis bombachas! ¿Tiraría todo esto?» (pág. 241). Recuento de prendas. Imagen exterior del status. Primera duda sobre la inserción en su nivel social heredado. El pobre puede vestir mal (raído) siempre que vaya limpio. El rico va bien «empilchao».

5.º) *El último desarraigo*: En el comienzo del trabajo se vio cómo el pueblo parecía echarlo de sí, pero a partir de una separación iniciada por Fabio. Ahora nuevamente la segregación comienza siendo subjetiva.

Ejecutado el regreso: «Todo fue cordial, menos mi silencio. Por momentos, mientras adelantaba la oscuridad, me iba perdiendo de los demás, como si me fuese quebrando una serie de dolorosas coyunturas que me unían al mundo. En la misma charla de los tres hombres me sentía ajeno. Algo incomprensible pesaba sobre mi entendimiento». (pág. 242)

6.º) *Guacho = gaucho = libertad = rango, familia*: En la etapa del rechazo se plantea la oposición entre «patrón» y «gaucho», términos que luego no se verán como irreductibles. En principio el patrón es como el árbol, el gaucho como la nube. Ser gaucho es estar libre, ser patrón es estar prisionero. Es preferible la condición de desposeído en libertad: «...gaucho y guacho me parecían lo mismo, porque entendía que ambas cosas significaban ser hijo de Dios, del campo y de uno mismo. Así hubiese sido hijo legítimo, el hecho de poder llevar un nombre que indicara un rango y una familia me hubiera parecido siempre una reducción de la libertad; algo así como cambiar el destino de una nube por el de un árbol, esclavo de la raíz prendida a unos metros de tierra» (pág. 245).

7.º) *Otro signo de aceptación del cambio*: Cuando el cambio es profundo, se deja de ser «uno» para pasar a ser «otro». «Uno»: lo que conforma la biografía personal; «otro»: la alteridad se patentiza en la medida en que faltan los nuevos esquemas de conducta. Aunque el tránsito del «uno» al «otro» se figura como «muerte», la transformación sólo es posible en la medida en que hay pautas en «uno» y que son las que predisponen, hacen tolerable, el cambio. Por eso en ese «otro» se encuentra algo «grande e indefinido»: «Yo tenía el chambergo en la mano y estaba contento, pero triste. ¿Por qué? Me habían sucedido cosas extraordinarias y sentía casi como si fuera otro... otro que había ganado algo grande e indefinido, pero que tenía así mismo una sensación de muerte». (pág. 246)

8.º) *Noción que Raucha tiene de sí y de Fabio*: «Yo soy un cajetilla agauchao y vos, dentro'e poco, vah'a ser un gaucho acajetillao» (pág. 247). Define, delimita, marca un hito: el cambio está iniciado definitiva, irreversiblemente, camino hacia el «gaucho acajetillao».

9.º) *Los últimos tres años (Posesión en la desposesión. Carencia de poder)*: «Tres años habían transcurrido desde que llegué, como un simple resero, a trocarme en patrón de mis heredades. ¡Mis heredades! Podía mirar alrededor en redondo, y decirme que todo era mío. Esas palabras nada querían decir. ¿Cuándo en mi vida de gaucho, pensé andar

por campos ajenos? ¿Quién es más dueño de la pampa que un resero?... la pampa de Dios había sido bien mía, pues sus cosas me fueron amigas por derecho de fuerza y baquía» (pág. 249). Este planteo es tentador por lo poético, por la apariencia que escapa a la convención, a la cotidianeidad: el desposeído es quien realmente posee; el dueño es un auténtico pobre. Pero, gracias a la posesión de planos, es un pobre con poder, en cambio el resero, posee pero no puede. Además estos sentimientos están en contradicción con el hecho de que los campos tienen alambrados, y el resero para abandonar el camino, debe pedir permiso. En definitiva, se trata de un discurso que tiende a la reafirmación del orden establecido. La libertad y la posesión, siempre virtuales, no producen disconformes ni rebeldes.

10.º) *Definitiva configuración de Fabio como «patrón»*: El trío compuesto por Don Leandro, su hijo Raicho y Don Segundo terminan por quebrar las endeble resistencias de Fabio. Leandro, dueño de estancia y tutor, con sus consejos; Raicho, el heredero, con su cultura y sus viajes; Don Segundo, reforzando las razones de Don Leandro y el señuelo de la permanencia de tres años. Don Segundo logra que la asimilación no sea violenta ni traumática, porque el «Más sólido argumento fue recibir de Don Segundo la aceptación de quedarse en el campo» (pág. 250).

MARÍA VICTORIA REYZÁBAL y MYRIAM NAJT



Gauchos